

bilbao en el cine (73)

Señal de partida para Alex y Azkarreta

Alberto López Echevarrieta

POSIBLEMENTE Alex de la Iglesia ya tenía pensado dedicarse al cine desde niño. Su innata afición a la pintura —su madre es una gran retratista— ha tenido siempre un refugio ideal en el cómic, género en el que ha conseguido grandes logros. En realidad, si pensamos un poco, esbozar una historia en viñetas es hacer el «story board» de una película, sistema éste que vienen practicando los más sobresalientes productores. Baste recordar uno de los más famosos en la historia del cine, el trazado por Saul Bass para la secuencia de la ducha en el film «Psicosis» de Hitchcock.

Se incubaba la bestia

Alex empezó publicando sus tiras en «La Gaceta del Norte» y «El Correo». Nadie sabe por qué, pero fue así: los argumentos de aquellas historias se centraban en las maldades que cometía un monstruo en la ría de Bilbao. La bestia aún no tenía su día, pero se estaba incubando. Mientras, su calenturienta mente esbozaba los decorados del corto «Mama», de Pablo Berger, a un paso del cine-gore, y escribía el guión de «Mirindas asesinas».

Con la realización de este film se inició la carrera cinematográfica de uno de los directores más imaginativos que tenemos. Su primer trabajo como responsable absoluto no pasó de ser un «trailer» de lo que vendría más tarde.

En 1990 se gastó todos sus ahorros en trazar con Jorge Guerricaechevarría una historia que protagonizó tan acertada-

damente como siempre Alex Angulo, a un paso de convertirse en el cura de «El día de la bestia». Un hombre entra en una cafetería y pide que le den una mirinda. Cuando se le pide que abone el importe saca un arma de fuego y la emprende a tiros contra cuantos están a su alcance alegando que la mirinda se la habían dado atendiendo su petición y no vendido.

Al margen de la comicidad del asunto, particularmente creo que el guión va más allá: Manifiesta el grado de crispación y violencia que en aquellos días vivía la sociedad vasca. Claro que Alex de la Iglesia utiliza la caricatura —es, como decía antes, su especialidad— para expresar esa situación. Esta segunda lectura me parece funda-

mental en una obra de pequeño formato, pero que marca el inicio de toda una filmografía con sello propio.

Junto a Alex Angulo figuran Saturnino García y Ramón Barea. La fotografía en blanco y negro es del también bilbaino Kiko de la Rica y el montaje de Modesto Pena. Dato para el recuerdo: La misma decoración preparada en un bar de Erandio, la localidad fetiche del director, se utilizó también en otro corto rodado por las mismas fechas.

Cuando esta película se presentó en el XXXII Festival de Cine de Bilbao llamó la atención hasta coronarse favorita. Con ella tuvo que competir «Hitchcock en el Puente Colgante», segundo film realizado

por Koldo Azkarreta.

Pasión por Hitchcock

Azkarreta (Bilbao, 1962) ha estudiado Cine y Vídeo en Madrid y en Valladolid. Ayudante de realización en los cortometrajes «Un film verité» y «La Esquila», escribió el guión y dirigió «Liliana», su primera realización corta. Luego llegó su obra más premiada, «Hitchcock en el Puente Colgante», todo un homenaje al denominado rey del «suspense» para el que contó con un presupuesto superior a los cuatro millones de pesetas.



Alex de la Iglesia

La base de este film es sencilla, pero a la vez atractiva: El afán de posesión

de un misterioso paquete desencadena una trepidante persecución por la zona inmediata al Abra. Merecen especial atención los planos rodados por José María Lara en el Puente Vizcaya, entre Portugalete y Getxo, mientras el transbordador hacía su servicio normal de viajeros. Once minutos en riguroso blanco y negro para llegar a un final en el que el espectador descubre que el contenido del paquete es una película cinematográfica.

El film constituía un trabajo arriesgado no sólo porque carece de diálogos y música, sino porque sus protagonistas, Santi Arribas y Juan Carlos Romero, corrían serio peligro por entre la estructura metálica del puente. Sin embargo, la recompensa llegó con el Gran Premio de Cine Vasco en el Festival de Cine bilbaino, el tercer premio en el XX Festival de Cine de Alcalá de Henares, y el primer premio al mejor guión de cortometraje de la II Semana de Cine de Jóvenes Realizadores de Granada, 1994.

Azkarreta probó también fortuna en el teatro: consiguió el primer premio del VII Certamen Literario de Teatro Breve de Santurtzi, fue finalista de la I Edición del Certamen de Teatro Baqué-Geroa, de Durango, y en 1992 estrenó en el Teatro Barakaldo su obra «Tres en raya». Su inmediata aparición en el mundo del cine tuvo lugar en 1996 ya con un largometraje, «Rigor mortis».



Hitchcock en el Puente Colgante

la boina parabólica.....

Tierra y luna

Lucio Araluce

DOS han sido los grandes argumentos del pasado noviembre, dos sucesos que son como el ying y el yang de la crónica de la humanidad en este fin de siglo y que tal vez resuman, en la última página del tomo, el contenido absurdo de la obra completa, ese cuento de nunca acabar contado por el mismo enfurecido idiota que lo lleva contando desde que se inventaron las historias. Dos acontecimientos que, inevitablemente, han tenido su espejo en las pantallas de televisión, el uno con su glamour un tanto camp y el otro

con su horror sin aditivos, cien por cien natural.

La misión espacial en la Luna y la zarpa siniestra, estrujadora, que diría el padre Hopkins, de ese huracán con nombre de niño criado en Melrose Place, pueden ser las dos caras de un mundo que todavía tiene la desfachatez de llamarse moderno. Ahora que el diccionario de lo políticamente correcto ha desterrado términos como el Tercer Mundo, llega Mitch con su furia elemental, con sus insuperables métodos fascistas y lo coloca todo patas arriba, las miserias al aire: veinticinco mil muertos, millar arriba, millar abajo.

En la aldea global, como se

ve, unos son más elementos que otros. Las víctimas de Mitch han protagonizado el prime-time televisivo, han podido mostrar, vía satélite, su desaparición a medio mundo. Un espectáculo desolador, pero un gran espectáculo, no seamos hipócritas. Estamos aburridos de aburrirnos contemplando programas como Impacto TV, en los que las llamadas catástrofes naturales tienen siempre un lugar de privilegio. Claro que suelen ser huracanes locales, terremotos de poca intensidad o tifones domésticos. Lo que ha ocurrido ahora es que la magnitud de la tragedia ha desbordado todas las previsiones. Nadie podía pensar que un vulgar hu-

racán se pudiese llevar por delante una concentración tan grande de miseria. La miseria, pese a su poderosa implantación en las tres cuartas partes del planeta, se diluye en el agua con rapidez pasmosa, arde como la yesca y se la lleva el viento igual que a las promesas de los líderes que juran por sus muertos que acabarán con ella.

La maquinaria de la caridad televisiva se puso en marcha de manera inmediata: un amable carrusel solidario cuyo guía emblemático no podía ser otro que Jesús Hermida (quien, por cierto, fue nuestro hombre en la NASA hasta el paseo espacial de Pedro Duque a bordo del Discovery). Los cientos de

millones obtenidos justifican, sin duda, el espectáculo, incluso la obscenidad de quienes aprovechan su miserable o generoso óbolo para publicitar a sus empresas (¿la caridad auténtica, profunda, no debe ser anónima y secreta como la confesión?).

La misión del Discovery fue un éxito. El programa de Eduardo Punset —el estupendo Redes— nos contaba que dentro de algún tiempo (apena unas décadas) estaremos en condiciones de colonizar la Luna. Para entonces las víctimas de Mitch tal vez hayan logrado reconstruir sus chabolas en tierra, en el mismo lugar y sobre el mismo lodo.